

## DESDE NUEVA YORK

### Las libertades norteamericanas<sup>1</sup>

«¡Libertad, libertad; cuántos crímenes se cometen en tu nombre!».

Nunca mejor que ahora y con más acierto pudiera aplicarse a este país la pedante invocación de Mme. Roland.

¿Queréis mayor crimen contra la estética que el cometido por el escultor Bartoldi al crear la horrenda mole de la estatua de la Libertad que se levanta, grotesca, en el umbral de esta América, alzando la famosa antorcha encendida para dar la bienvenida a los inmigrantes que, ansiosos, se asoman al puente del vapor que les trae al país de la libertad y, sobre todo, del dólar?...

Bajo los auspicios de esta señora (la estatua de la Libertad) y preso en su regazo durante largas horas de la noche, por gracia del guarda que me encerró, olvidándose que estaba dentro, pude holgadamente, aunque no muy cómodamente, meditar sobre ambas libertades (la estatua y el principio) de este país.

Paseándome, como fiera enjaulada, por el interior de la monstruosa dama, llegué, subiendo primero por su enorme brazo (13 metros), y luego por el índice, que también mediría sus dos metros y medio, a la antorcha, que forma una amplia terraza. Desde este lugar la estatua me pareció pequeña, mezquina, comparada con el panorama imponente que tenía ante mis ojos. La ciudad de Nueva York, que se dibujaba en la penumbra, con sus rascacielos, cual dedos humanos, se asemejaba a la mano de un monstruo gigantesco que, saliendo del mar, parecía simbolizar la fuerza humana.

Me paré a considerar de dónde venía ese pueblo que en tan cortos años había podido materializar de tal modo su poderío, cuando frente a mí, allí, en la distancia, vi surgir una luz, sin duda la de un barco que se acercaba al puerto, y entonces recordé lo que nos cuenta la Historia de los Estados Unidos, de todos aquellos que, expulsados de

---

<sup>1</sup> *Félix de Haro* (pseud. de Teresa de Escoriaza): “Las libertades norteamericanas”, «Desde Nueva York», *La libertad*, 20 de febrero de 1920.

Firmadas con el pseudónimo de *Félix de Haro*, Teresa de Escoriaza ejerció como corresponsal en Estados Unidos del diario madrileño *La Libertad* entre 1919 y 1921 con unas crónicas que, con el genérico título de «Desde Nueva York», ofrecieron una amplia panorámica de la vida americana abarcadora de distintos aspectos y temas de interés de ese preciso período histórico y social.

En este artículo de marcado carácter político y de denuncia del conocido principio de libertad norteamericano, Teresa Escoriaza cuestiona este principio vertebral de la sociedad norteamericana. Ante el avance de nuevas corrientes ideológicas como el socialismo o el comunismo, la periodista donostiarra denuncia las acciones de represión llevadas a cabo por de los poderes políticos americanos contra cualquier atisbo amenazador relacionado con los nuevos sistemas de pensamiento que pretenden infiltrarse en la sociedad política americana.

sus respectivas patrias por motivos de religión o de política, venían a cobijarse bajo la sombra protectora de la libertad norteamericana. Estos son los que con el sudor de su frente han hecho a este gran país. He aquí el origen y el símbolo de esta colosal estatua que se levanta en un islote, a la entrada del puerto de Nueva York, pero cuyo significado ya no es el mismo. Porque si antes iluminaba el camino de la libertad a los oprimidos, hoy parece estar allí para alumbrar a los barcos que sigilosamente salen, en la obscuridad de la noche, cargados de «rojos». Para mayor ironía, en otra isla, frente a la de la Libertad, se levantan los hoy tristemente célebres edificios del «Immigration Depot», verdadero «depósito» de seres humanos que, cual mercancías despreciadas, esperan a un vapor que se los lleve al país de donde proceden.

Desde que se firmó el armisticio, en Noviembre de 1918, hasta ahora, se ha desterrado de los Estados Unidos a más de cuatro mil extranjeros por el hecho de su adhesión a teorías más o menos radicales. La expulsión se ha estado llevando a cabo matemáticamente y sin ruido, sin que el pueblo se enterase. Pero ahora hemos entrado en una fase diferente de la persecución: en la del terror. Ya no se deporta sigilosamente; los procesos no se llevan a cabo en la obscuridad, sino, al contrario, se anuncian con trompetas y tambores, se les da todo el aparato posible. De la misma manera que en tiempo de los emperadores romanos, se eligen las víctimas con preferencia entre personalidades notables, para que el caso sea más ruidoso y sirva de escarmiento al resto del pueblo.

El pueblo norteamericano viene presenciando estos días un caso inaudito en la «Assembly», Cámara baja del Cuerpo legislativo del Estado de Nueva York. Cinco de sus miembros han sido suspendidos de sus funciones por el mero hecho de ser socialistas; claro está que esta razón no nos la da la «Assembly», como tampoco a Víctor Berger se le expulsó el pasado mes de Noviembre de la Cámara de Diputados por socialista, sino por germanófilo.

¿De qué se les acusa a estos señores «assemblymen»?

De preconizar el uso de la fuerza como medio de llegar a obtener cambios en la estructura política y económica de los Estados Unidos.

Pero la «Assembly» no tiene derecho de expulsar a ningún miembro, al menos que éste sea culpable de algún crimen definido por la ley. Si estos socialistas se encontraran en este caso, deberían ser procesados, como en las demás causas criminales, por un tribunal ordinario.

El pueblo espera, con su natural apatía yanqui, el resultado de este nuevo atropello, que no es más que uno de los de la serie, y que, desde luego, no será el último.

Se ha declarado guerra a esta «epidemia»: el bolchevismo, que, después de todo, no tiene nada de nuevo. La idea fue propuesta ya en el Congreso de la Internacional, en 1869, y también por el I. W. W. («Industrial Workers of the World»), y, sin embargo, nadie entonces hizo aquí caso de ella, hasta que Lenine la adoptó y la aplicó en Rusia y nos volvió botando a través del Océano, con un nombre raro. Desde entonces se echa uno a temblar de pánico en cuanto se pronuncian las palabras bolchevismo o sovietismo o socialismo, radicalismo, anarquismo... ¡Cualquier «ismo», lo mismo da!

Para librar a su patria de los «ismos», los buenos ciudadanos norteamericanos han emprendido una cura homeopática, «similia similibus»... Quieren combatir los «ismos» con otro «ismo»: el americanismo. Y aquí viene bien aquello de: peor el remedio que la enfermedad.

**FELIX DE HARO**